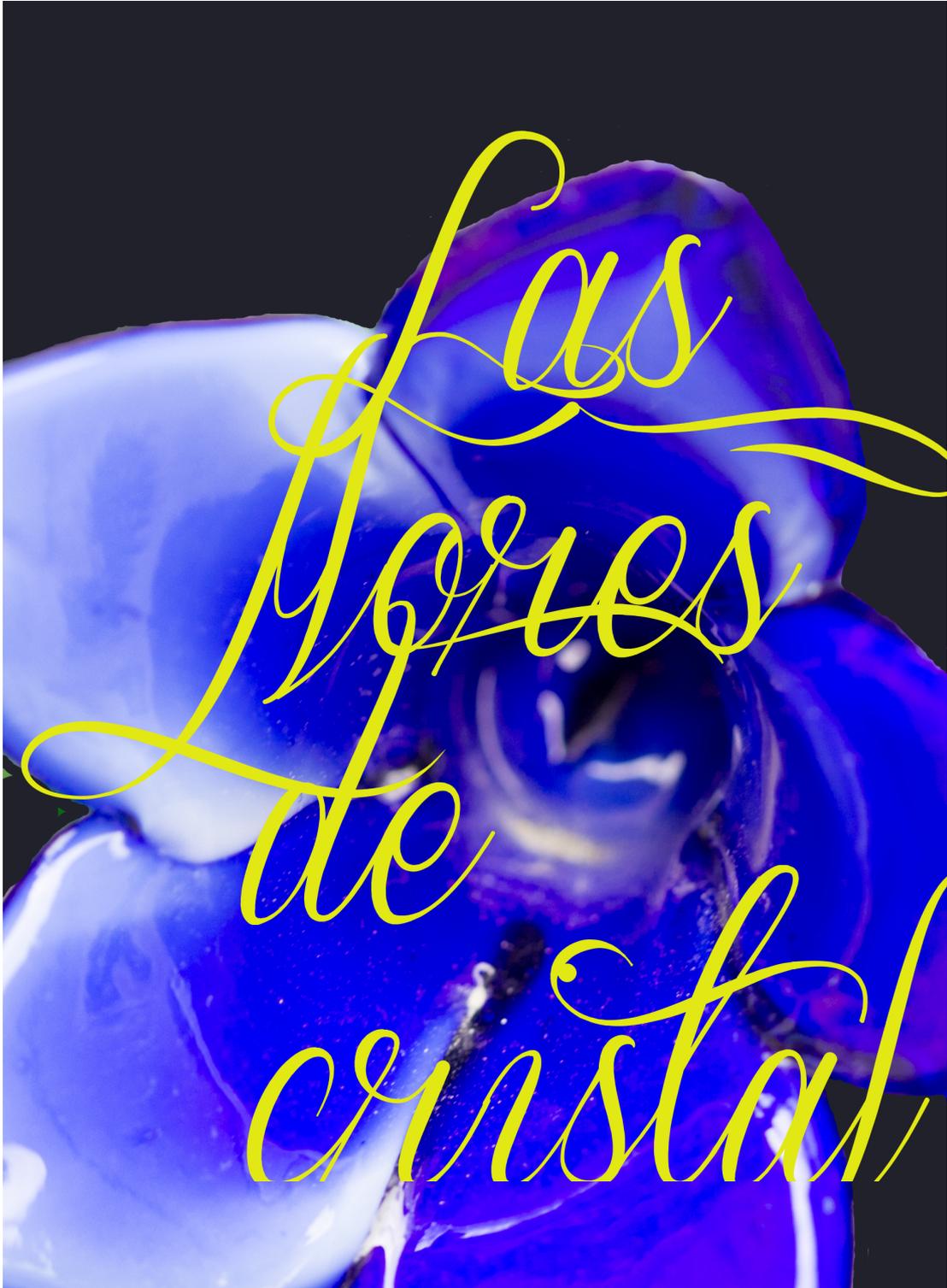


Las flores de cristal

Rosario De la Torre



Capítulo 1

Delante de las flores transparentes colocadas en la vitrina a la vista de todos los transeúntes y que parecían querer cimbrarse con un viento ausente, Martín embalaba un tarro decorado con hojas esmaltadas de rubí para una mujer joven acompañada de dos muchachos. Le dio la espalda a los artículos de vidrio, a las flores de la vitrina que habían dado fama a la vidriería y, dejando a José María solo atendiendo, volvió al calor del taller. Ya casi terminaba la jornada.

Girando, siempre girando la caña, veía las manos hábiles de su instructora empuñar la pinza delgada para hacer muescas a los lados de la masa de la fuente, al tiempo que la giraba sobre el borde de la banca de vidriero con buen pulso. Ella dejó la pinza negruzca al lado de la cajilla de madera siempre presente en la mesa de utensilios. Agarró un separador mojado en agua sin dejar de girar la masa; con el cual se aseguró de que la parte inferior de la fuente fuese uniformemente plana al pasarlo por encima en lo que el vapor caliente subía al cielo.

—¿Ves la pieza? —La levantó para su inspección sin dejar de rotarla en la caña, haciendo esfuerzo con las dos manos—. Está bastante menos naranja, se pone dura.

—Tendrá como unos ochocientos grados...

—Algo así —asintió al decirlo, al tiempo que posaba de nuevo la caña rotatoria, en el borde de la banca. Con un gesto de la cabeza, sobresaltándolo, le indicó las pinzas.

—No queda casi tiempo —masculló al empuñar las pinzas.

—Déjate de quejas, Martín.

Agarró la muñeca de Martín y la llevó cerca del punto en que la caña y la fuente estaban unidas. Era cansado, pues no se podía dejar de darle vueltas a la caña, pero muchos años le habían dado a Solana larga práctica en el taller. Con la mano sobre la de Martín comenzó a apretar las pinzas, y se empezó a formar un cuello de a poco.

—¿Sientes esta fuerza?

—Sí, es muy firme. —La señora lo sorprendió al dejarle la mano libre—. ¿Señora Solana...?

—Ahora hazlo tú; ya sabes con qué fuerza debes hacerlo. —Por un momento Martín le dirigió una cara de pánico; era la primera vez que lo dejaban hacer algo así, habiéndose dedicado antes tan sólo a observar y

seguir instrucciones menores como «sopla», «gira» y «ten aquí». A pesar de todo, agarró las pinzas e intentó emular la fuerza.

—Se pone más rígido.

—Correcto.

—Ya me lo habían dicho en clase, supongo, pero es diferente sentirlo.

El cuello era apenas pequeño todavía cuando Solana le detuvo con un gesto.

—¿Ya sabes lo que viene?

—No...

—Muchacho aéreo —bufó Solana de buen talante. Con una sonrisa, prosiguió—: Muy bien, ahora haz exactamente lo que te digo. Pasa el cincel que ves ahí por agua; no, así no, sacúdelo... No demasiado, me salpicas... ¡Eso! La idea es que esté frío y húmedo. ¿Ves aquí donde se termina la caña de soplar?

—Lo veo... ¡Oh! Entiendo, tengo que hacerle muescas pa'cuando se separe; qué vergüenza olvidar cosa tan tonta.

Asintió Solana. Martín presionó el cincel, como quien corta algo, al final de la caña de soplar, mientras Solana rotaba la caña y la fuente. Fue rápido; enseguida Martín paró, y su maestra le dio la caña para que fuese de vuelta al horno de inmediato.

La caña con la obra en formación adquirió una tonalidad viva, resplandeciente, roca fundida salida del sol del horno de vidriero; la cual fue llevada de vuelta a su maestra con celeridad, tropezando la mesa de utensilios. Las pinzas, las tijeras de vidrio, un ferre... la cajita de madera... salieron todos desperdigados por el piso alrededor de su maestra furibunda, a quien le colgaban las gafas del cuello en estupor.

—¡Lo siento! —se disculpó con prisa, abochornado, pues sabía que los demás vidrieros lo estaban mirando .

—No sé qué te pasa hoy; primero te olvidas de las gafas y luego tropiezas. ¡Es como si ya tuvieses cataratas de vidriero! —le espetó Solana al joven que recogía su desliz—. ¡Fulgencio! —bramó al joven alto, que barría unos fragmentos de vidrio al lado de Roberto—. ¡Fulchi!

Fulgencio miró a Solana, extrañado de que se dirigiese a él, pero siguió las instrucciones de Solana, puntil con vidrio fundido en mano, y vino al

lado de la mujer.

Martín se pasó una mano por su cabello lacio, apelmazado debido al sudor, para refrescarse. Eran fragmentos lo que contenía la cajilla, no pudo dejar de notar. Fragmentos de una opalina flor de cristal, con un tallo y una hoja de verde translúcido. No acababa de levantar la mano para recoger las piecillas cuando un golpe seco lo sacó de sus contemplaciones. Solana lo miraba de forma recriminatoria.

—No. —Era un tono inescrutable—. Te ocuparás de lo que Fulchi hacía en lo que queda de hoy.

Su «sí» fue casi inaudible, un suspiro de resignación; y dedicose a ordenar, barrer y limpiar. Apenas notó cuando Solana recogió los vidrios de la flor del piso. Su silueta trigueña apenas era un fantasma.

Guardó los utensilios en su lugar, movió la mesas fuera del camino y puso las cañas contra la pared después de enjuagarlas, apagó los hornos, y se enjugó el sudor. Descartó el agua para enfriar de los barreños; ojeó a Solana con vacilación, que trabajaba una nueva posta. El vidrio fundido vahaba al Solana pasarlo por la mallocha para darle una forma redonda.

—Señora Solana, yo...

—No es necesario que te disculpes. —Martín se extrañó ante esa sentencia tan extraña. Solana ya había empezado a hacer surcos en el extremo de la posta—. No debí haberte hablado así en primer lugar.

Martín atisbó otra vez a Solana, quien usaba las pinzas para ampliar la posta en el aire, la caña dando vueltas sobre la banca de vidriero.

—Esa flor... ¿Para qué la tiene?

—Inspiración, supongo. —El muchacho puso un mohín de incredulidad.

—Está rota.

—Me doy cuenta —replicó, con las cejas alzadas.

Ahora alargaba las secciones separadas por las hendeduras, pedazos en rojo vivo, pesados, que se movían con las vueltas de las cañas, y se convertirían en los pétalos de una flor vívida.

—¿Fue su primera flor?

Su maestra pausó, alzó la vista, frunciendo el entrecejo al vacío, suspirando al mismo tiempo. De forma casi violenta, cogió la tijera para cortar las puntas de los que se convertiría en los pétalos. El reflejo del

vidrio en enfriamiento en los lentes de Solana hacía parecer, a sus ojos de carbón, las brasas vivas de un horno.

—No. No, fue... un regalo —Tintineaban en la cubeta de desechos los vidrios al son de sus palabras—. Ah, supongo que es la misma razón por la que trabajo de esto en primer lugar.

—¿En serio?

Martín enseguida se animó; Solana era muy privada, y él todavía recordaba el día en que se la presentaron: su cara beatífica, femenina; se veía muy sola entre los otros vidrieros, la única mujer de los cinco miembros del taller.

—Luis y yo éramos humildes, pero felices. Es una historia que se ha contado mil veces. Y, bueno. Creo que nunca más nos dijimos un «te amo» después de la boda. —Rió—. No que importase mucho, simplemente no éramos así. Y un día, vino el tonto con un sobre manila, y dentro estaba la flor.

Levantó la caña para inspeccionar la flor. Con una pinza más delgada, empezó a torcer un poco las puntas de los pétalos, como los de una rosa o una camelia de verdad.

—Me enfadé, ¡claro! ¿¡Qué extravagancia era ésa!? Pero... no le pude regañar más. Luis decía que eran todos los «te quiero» y los «te adoro» que nos callábamos, que él callaba. No pudo comprar un adorno entero así que los convenció, en un taller así como éste, que le vendiesen nada más una flor, y como una flor normal estuvo siempre en un florero de la casa.

Inclinó la caña en la banca y, con un separador, le propinó un golpe seco a la misma. La flor se separó, quedando al revés perfecta y diáfana.

—¿Qué pasó? —inquirió al mismo tiempo que la pelinegra se ponía guantes resistentes al calor.

—Luis murió, como pasa con la gente. —Ya estaba parada, yendo con su flor en las manos al horno de enfriamiento—. Y la flor se rompió, como pasan con las cosas de vidrio, Martín; ¿qué más?

Abrió la puerta del horno y puso la flor dentro, cerciorándose del estado de las demás. Sacó otra, que colocó en su mano desenguantada.

—La guardé. Oh, Dios, no podía botarla. —Asintió, ausente, después de cerciorarse de que la flor de ámbar estuviese libre de imperfecciones, y caminó a la tienda—. Y nunca la pude pegar bien, así que me dije «tengo

que hacer las mías», porque era como si me dijese Luis cosas otra vez.

Ya estaban los dos en la vitrina, dónde Solana puso, con la mayor delicadeza, el narciso entre sus hermanas, en el prado inerte que había creado para llamar la atención.

—Creo que no me explico.

Martín miró las flores de la vitrina; cada una tan perfecta, tan vívida; de colores y transparentes, simples y moteadas y creía entender lo que su maestra callaba.

Eran palabras de amor.

Palabras.